

Los nahuas pipiles, pueblo clandestino

Judith Maxwell *

Con los datos obtenidos en trabajos de campo en El Salvador, realizados en el periodo de 1978 a 1980, Judith Maxwell saca conclusiones bastante diferentes a las del autor precedente, tanto en lo que se refiere a la extensión y al carácter vivo de la lengua náhuatl pipil, cuanto a la significación y al impacto del movimiento de resistencia y reafirmación indígenas, aunque, según esta autora, una de las consecuencias del conflicto bélico actual podrían consistir en llevar a término la obra de demolición emprendida en 1833 y 1932 (NDLR de la revista *ethnies*).

Resurgimiento

En los años 70, los indígenas empezaron a reaparecer de manera furtiva y en grupos pequeños. Por la misma época se fundó una Asociación Nacional Indígena. Sus objetivos consistían sobre todo en preservar su lengua y cultura, en liberarse de una nomenclatura que los obliga a incluirse en la categoría confusa de "campesinos", y en que la conciencia nacional se compenetrara de que son un grupo autónomo con intereses y problemas propios. Los miembros de esta Asociación se pusieron en comunicación con los investigadores del Museo Nacional

y de la universidad de los jesuitas (Universidad Centroamericana José Simeón Cañas). Una vez que se convencieron de que el interés por conocer la cultura indígena era sincero, ayudaron a los académicos a ponerse en contacto con los pocos artesanos que todavía quedaban, les dieron pases para que asistieran a las danzas ceremoniales que desde hacía treinta años se efectuaban en secreto y para entrar a las comunidades más cerradas. A cambio, los indígenas pidieron una copia de los resultados de los estudios. El éxito de esta cooperación impulsó a los jefes de la Asociación a bus-

* Etnolingüista de la Universidad de Chicago.

car una ayuda exterior más importante para apoyar sus programas de resurgimiento.

Los niños aprendían primero el español, práctica adoptada desde la matanza de 1932, y sus padres les enseñaban el pipil solamente después de que hubiesen terminado sus estudios escolares. Bajo estas circunstancias, muchos lo aprendían sólo de una manera imperfecta y otros simplemente no lo aprendían. De los cinco miembros del consejo de la Asociación, con edades que variaban sin excepción de los treinta a cuarenta años, solamente uno dominaba lo suficientemente bien el pipil como para sostener una conversación o relatar historias. Los demás se limitaban a decir frases sueltas, aun cuando comprendían la lengua. Su objetivo principal era el de levantar una escuela dirigida por los mismos indígenas (además de las otras escuelas públicas del gobierno), en la que pudiese enseñar a los niños a hablar el pipil.

A finales de los años 70 se realizaron encuestas con el propósito de elaborar un atlas lingüístico siempre con la colaboración de la Asociación Indígena. De acuerdo con los primeros resultados, en las provincias occidentales de Sonzonate, Ahuachapán y La Libertad, por lo menos en una de cada diez familias un miembro hablaba el pipil. Por regla general, en esas familias había dos personas mayores que lo hablaban corrientemente, mientras que los de edad madura lo hacían con poca fluidez, y los niños sólo podían pronunciar palabras sueltas sin conocer la gramática. En las provincias circundantes y en la propia capital, en San Salvador, el porcentaje de familias que hablaban el pipil, descendía terriblemente. En las provincias del sureste ya no había ninguna huella de las lenguas autóctonas. Estos datos están muy por encima de las estimaciones habituales. Por otra parte la Asociación Indígena, cuyo criterio no es únicamente lingüístico, considera que los indígenas constituyen un tercio de la población de Sonzonate y Ahuachapán y un décimo de la de las provincias del norte.

Regreso a la clandestinidad

En enero de 1980, los miembros de la Asociación seleccionaron en diversas comunidades a los candidatos que recibirían la formación necesaria para ser promotores del pipil. Pero desde febrero, el conflicto se había ido extendiendo a las zonas rurales. Los indígenas comenzaron a desconfiar de los estudiantes que hacían las encuestas, y no aceptaron ya que se grabaran las conversaciones. Después, las conversaciones mismas se hicieron imposibles de realizar. Como lo señalaba una encuesta, "es muy político, es demasiado político". El lema de 1932 ("indígena = comunista") surgía de nuevo. La mayor parte de las actividades de la Asociación se hicieron clandestinas. Ésta decidió cerrar las comunidades y no permitir la entrada a los investigadores de la universidad. Finalmente se suspendieron los proyectos de una escuela abierta en náhuatl y de formación de maestros.

Esta medida, necesaria sin duda alguna para la sobrevivencia de los miembros del grupo, constituye probablemente también un freno mortal para la lengua. Como hay muy pocas personas de menos de cuarenta años que la hablen con fluidez, su transmisión en el seno familiar es casi imposible. Sólo se lograría con una enseñanza que viniese del exterior. Pero en estas circunstancias esto sería exponer a las embestidas de la represión tanto a maestros como a alumnos. Además, la posición de los padres, de acuerdo con la cual el monolingüismo español es una condición de salvaguardia de los hijos, es otro obstáculo para llevar a cabo la enseñanza, así fuese de manera clandestina. Mientras tanto, la reserva potencial de maestros se agota. A menos que el conflicto se resuelva de manera pacífica, ningún indígena se arriesgaría ni siquiera a saludar a su vecino en la calle en pipil, y ya no digamos de enseñarlo. Si la guerra se prolonga, el náhuatl pipil corre el peligro de aumentar la triste lista de las "lenguas desaparecidas".